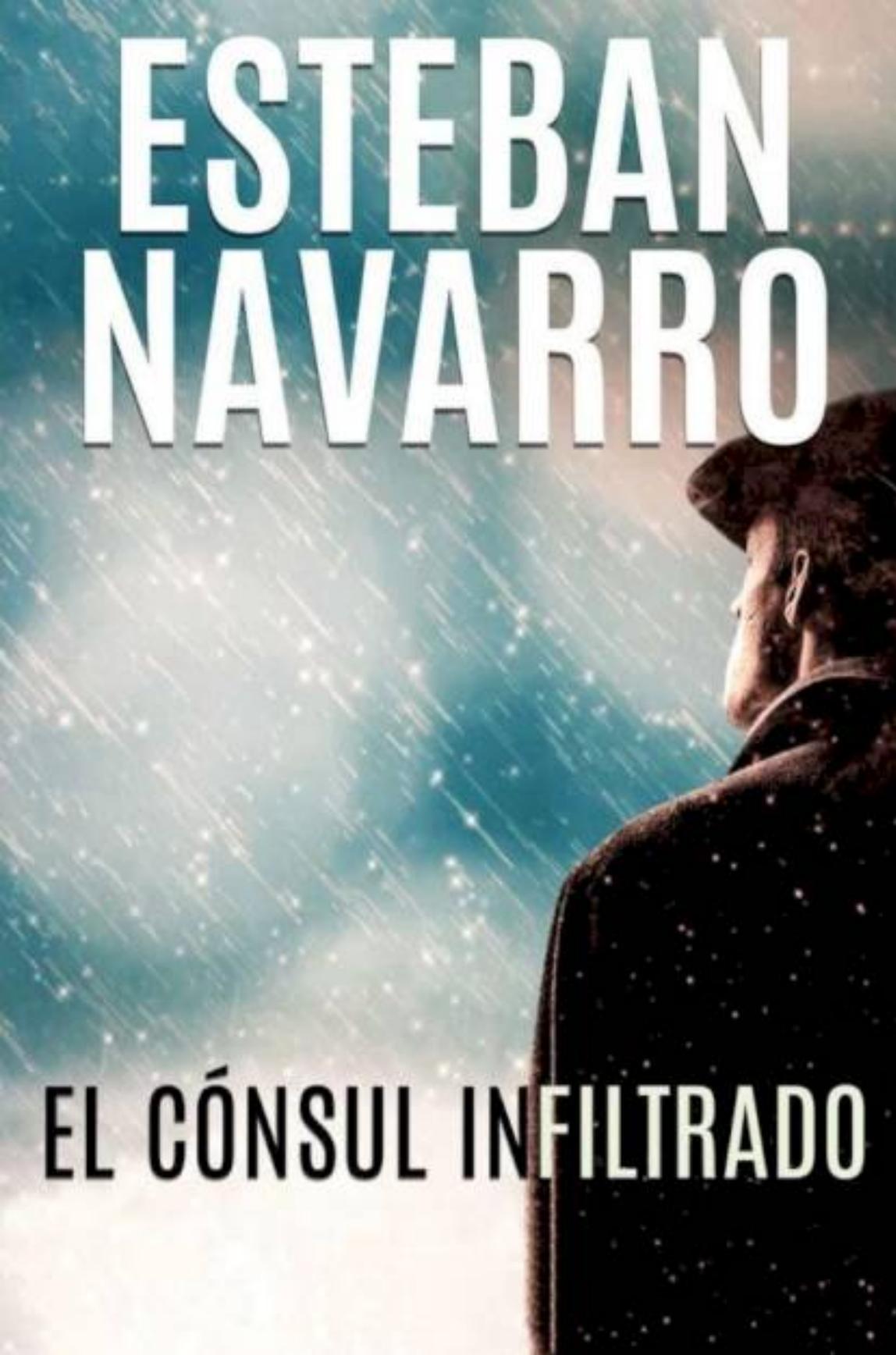


# ESTEBAN NAVARRO

A man in a dark coat and hat is shown in profile, looking out at a vast, starry night sky. The stars are bright and scattered across the dark blue and black expanse. The man's face is partially visible, showing a beard and a serious expression. The overall mood is contemplative and mysterious.

EL CÓNsul INFILTRADO

El 2 de noviembre de 1972, tres jóvenes activistas del Colectivo Hoz y Martillo entraron en el consulado francés de Zaragoza para realizar una sonada protesta contra el país vecino, por su apoyo a la dictadura franquista. No querían matarle, pero Roger Tur, de 68 años, falleció cinco días más tarde, a consecuencia de las graves quemaduras sufridas en el asalto. Admirado por su labor diplomática y su integración en la sociedad zaragozana, Tur ocultaba una actividad sorprendente: fue espía de los aliados en esa Zaragoza de los años cuarenta que albergó a numerosos nazis.

Esta novela relata la emocionante doble vida de Roger Tur, que supo ganarse la confianza de los alemanes residentes en la ciudad para pasar información privilegiada a los Estados Unidos, en unos momentos críticos de la Segunda Guerra Mundial.

La combinación de ficción con realidad converge en un *thriller* policiaco apasionante.

## Contenido

Advertencia

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo del autor

Anexo 1

Anexo 2

Anexo 3

Agradecimientos

Nota del autor

*A Ester, gracias a ella escribo.  
A Raúl, de joven me gustaría ser como él.*

La muerte del cónsul Roger Tur ha sido un estúpido asesinato.

MAURICE SCHUMANN

*(Ministro de Relaciones Exteriores de Francia en el año 1972)*

En el consejo de guerra quedó probado que no teníamos intención de matar a nadie. No hay nada de lo que tenga que arrepentirme.

LUIS JAVIER SAGARRA DE MOOR

*(Miembro del Colectivo Hoz y Martillo)*

Si alguien dice que me proporcionó información secreta, el delito lo cometió él, no yo.

MARGARETHA GEERTRUIDA ZELLE

*(Mata Hari)*

## Advertencia

Los lugares que aparecen en este libro están inspirados, con amplia libertad, en lugares reales. Personajes y hechos narrados se inspiran igualmente en sucesos reales, o que pudieron ser reales, pero con idéntica libertad en su recreación. El relato que sigue ha de considerarse en cualquier caso y en todos los supuestos fruto de mi imaginación y no debe atribuir actos o palabras concretas a ninguna persona que exista o haya existido en la realidad. Los hechos que inspiran esta novela quizá no ocurrieron así, pero así es como yo los veo y así es como yo los cuento.

*Esteban Navarro*

# PRÓLOGO DEL CÓNSUL HONORARIO DE FRANCIA

## Ingenio, valor y humanidad

No pude tratar a Roger Tur, cónsul honorario de Francia en Zaragoza desde 1934 a 1972, debido a la barrera del tiempo. Pero sí conocí rasgos de su biografía a través de quienes lo trataron. Así tomé conciencia de que su vida en Zaragoza merece estudio y memoria.

Esteban Navarro lo ha hecho. Su novela *El cónsul infiltrado* rinde justo tributo a monsieur Tur, cuya muerte en noviembre de 1972 constituyó uno de los episodios más trágicos del tardofranquismo en Zaragoza.

Los hechos que acabaron con su vida eran claros; los conocimos con razonable certeza. Los hechos probados de la sentencia firme «se tienen por verdad». La novela comienza precisamente así, por el final de la vida de Tur, por ese estúpido asesinato de unos chavales en el albor de la vida, víctimas del franquismo y de la alienación ideológica.

Si la muerte de Roger Tur fue objeto de instrucción y juicio, para el que los autores contaron con la defensa de insignes abogados zaragozanos, la vida del cónsul francés nos resultaba, sin embargo, desconocida.

La novela tiene la virtud de pasearnos por la Zaragoza de dos periodos distintos del siglo XX: la década de los 40 y el inicio de los 70. El autor describe con acierto lugares, comercios, calles y plazas, costumbres y ambientes.

Roger Tur vivió como un zaragozano más. Notable emprendedor, dirigió una pequeña fábrica de melaza y regaliz y cumplió como un zaragozano más con sus obligaciones. Desde 1934 recibió el encargo de representar a Francia en la ciudad y facilitar la vida administrativa de sus compatriotas. Y eso hizo. La actividad empresarial y la función consular le procuraron notoriedad social, pero proporcionada, razonable, discreta. Sin embargo...

Antes de leer *El cónsul infiltrado* ya tuve eco, por mi actividad consular, de algún episodio notable de Tur en los albores de la guerra civil. En aquel verano de 1936, con ingenio, habilidad y humanidad ejemplar, supo ejercer sus funciones y auxiliar a los perseguidos por su ideología, sin temer el peligro al que se exponía. Roger tuvo rasgos comunes, *mutatis mutandis*, con otros diplomáticos españoles en la Segunda Guerra Mundial: ingenio, valor y humanidad en un clima de fanatismo ideológico y estado policial.

No es extraño que una personalidad como la suya escuchara la vieja llamada a defender su patria —«*Aux armes, citoyens!*»— tras la invasión alemana. Roger combatió el nazismo con los medios a su alcance. Era listo, tenía coraje y le sobraba humanidad. Su campo de batalla fue Zaragoza. Su puesto de combate, el consulado honorario. Y Esteban Navarro se ha encargado de contarnos, de forma amena y apasionante, cómo libró su particular guerra.

Roger sufrió el problema de la soledad. Las relaciones con su jerarquía en la embajada, o con el consulado general, resultaron complejas, como lo fue el Régimen de Vichy. No podía pedir a su embajador ni a su cónsul general instrucciones, órdenes, consignas concretas ni consejos. Combatió solo, en Zaragoza, escuchando e informando.

Esteban Navarro ha sabido contar a la perfección la vida y el trágico final de Roger Tur. Fue un zaragozano más, de nacionalidad francesa, que durante los años más convulsos del siglo XX supo ser lengua viva que hace perpetuo el grito de *¡Zaragoza no se rinde!*

Raphaël Emmanuel Ledesma Gelas  
*Cónsul honorario de Francia en Zaragoza*

# Capítulo 1

*Jueves, 2 de noviembre de 1972.*

A las diez y media de la mañana, la calle La Salle está igual de tranquila que cualquier otro día entre semana. Los comercios han abierto hace poco más de una hora y varias personas deambulan por sus aceras. Un Seat 127 de color rojo circula despacio. Detrás, a muy corta distancia, casi tocándose los parachoques, transita un Citroën GS de color champán. Los dos juntos, y a la misma velocidad, pasan cerca de un Renault 12 de color azul oscuro que está aparcado frente al número 7, donde un hombre apresurado, protegido con un abrigo de lana y un gorro con orejeras de aspecto ruso, está descargando unas cajas del maletero. Al lado, en el portal del número 5, un señor vestido con traje oscuro y corbata a juego escoba el umbral de la puerta mientras silba una melodía que ha escuchado recientemente en la televisión. Conviene que la acera esté limpia, pues se aproxima el fin de semana y de viernes a domingo no habrá nadie encargado de adecentar las porterías. Enfrente, varios hombres conversan en un bar de tapas mientras fuman sin parar. De tanto en tanto se escucha alguna carcajada que retumba en el asfalto como un recuerdo alegre que no termina de desvanecerse. En toda la calle huele a jamón, a rollitos de ternera, a queso, a croquetas de merluza y a pimientos rellenos.

A pocos metros de allí, tres jóvenes transitan por una calle lateral. Hace unos instantes se han apeado de un Seat

850 de color amarillo, que uno de sus ocupantes había alquilado esa misma mañana con un nombre falso. El vehículo lo han dejado aparcado en las inmediaciones de donde se encuentran, cerca del colegio La Salle. Es un buen coche, se ha dicho el joven que lo ha alquilado. Sus 843 centímetros cúbicos —de ahí el nombre de 850—, son suficientes para trasladarlos hasta esa calle, pero no los necesarios si tienen que huir de la policía. Caminan apurados y a cara descubierta, con las manos introducidas en los bolsillos de sus pantalones.

Los tres se habían reunido esa misma mañana, a las ocho y media, en el bar Picón, situado en la avenida Tenor Fleta, número 3. Luis Javier Sagarra de Moor fue el primero en llegar y, mientras esperaba a sus camaradas, encendió un cigarrillo Pall Mall de un paquete que le había regalado su padre, directamente extraído del consulado americano, donde tenía algún amigo dentro que le proveía de tabaco y alcohol de importación. Álvaro Noguera Calvet apareció cinco minutos después. Dijo al camarero que no quería tomar nada y cogió un cigarro del paquete que Sagarra había dejado encima de la mesa; se lo encendió con un nerviosismo que no era habitual en él. Los dos se observaron a través de la pantalla del denso humo que se elevaba hasta desvanecerse en un techo sucio y grasiento. El tercero, José Antonio Mellado Romero, está tan inquieto que los espera en la puerta del bar; ni siquiera tiene ánimo de entrar dentro. Acaba de llegar y se ha limitado a hundir el cuello entre los hombros, mientras se ciñe la chaqueta al cuerpo. Desde una de las ventanas que da a la calle los saluda elevando la mano para que lo vean. Los tres, ahora se dan cuenta de ello, exportan una tensión inusual. Cuarenta y ocho horas antes, cuando planearon lo que iban a hacer esa mañana, todo lo vieron con mejor perspectiva que ahora, que ya no les parece un plan tan viable. Se empujan anímicamente a seguir y a no arredrarse.

—¿Y el coche? —le pregunta Noguera a Sagarra.

—En la puerta —responde alzando la cabeza para comprobar si desde el interior del bar lo puede ver, pero ninguna de las ventanas da a la zona donde está el coche.

—¿Supongo que habrás echado gasolina?

—Sí, claro.

—¿Lo has alquilado a tu nombre?

—¿Crees que estoy tonto? Con nombre falso, por supuesto.

—¿Qué nombre has dado?

—¡Y yo qué sé! Ya no me acuerdo.

—Podías haber alquilado un Seat 124, que farda más y corre mucho en el caso de que tengamos que huir —sugiere Noguera—. Un 124 no es bocado fácil para la policía.

—En el caso de huir es mejor que lo hagamos a pata —responde Sagarra—. ¿O es que crees que somos como El Vaquilla o El Lute? A mí, si me han de pillar, lo harán muerto, os lo puedo asegurar.

—Dejaos de cháchara —protesta Mellado, mientras patatea el suelo para quitarse el frío o la inquietud— y pongámonos en marcha ya.

Caminan apresurados con la congoja dibujada en sus expresiones. Los tres visten pantalones de tergal y se protegen del frío con sendas cazadoras que llevan abrochadas hasta arriba. El aire es tan gélido que les cuesta respirar. Uno de ellos, el que camina en medio, acaso el más mayor de los tres, sostiene en sus amoratados labios un cigarrillo rubio cuyo humo se desvanece en un cielo plomizo que anuncia la llegada inminente de un frío intenso. Es un Bisonte sin boquilla, que hace unas semanas reemplazó por el 3 Carabelas de paquete rojo. Eso es lo que son ellos en ese instante, tres carabelas.

El joven de su derecha clava los ojos en un cartel de la película que proyectarán ese fin de semana en el cine Palafox. Se trata de El seductor, de Clint Eastwood. Piensa que ojalá fuese como él. Ajeno al miedo, indiferente al dolor y la pesadumbre. Decidido como un pistolero del lejano

Oeste que accede a un bar empuñando un revólver Colt y amedrenta sin pudor a los parroquianos.

El de la izquierda se fija en el cartel que anuncia la tercera semana de proyección en el teatro Fleta de la película más galardonada de la historia del cine: Ben-Hur. Lee que habrá dos pases esa tarde, uno a las siete y cuarto y el otro a las nueve. Pero por algún extraño presentimiento sabe que esa tarde, precisamente, no podrá ir a ver ni esa película ni ninguna.

Los tres se detienen frente al número 3 de la calle La Salle. Intercambian unas miradas de complicidad tratando de confirmar que lo que llevan toda la semana planeando finalmente lo van a llevar a cabo. No hay duda en la expresión de sus ojos. No hay vacilación, pero sí miedo. A sus veinte años carecen de la sensatez necesaria como para replantearse lo que van a hacer, pero en sus miradas existe un temor insólito, el temor al fracaso. Ya lo habían planteado un par de horas antes, en el bar Picón, pero entonces solo era un murmullo, un resquicio en el apresurado plan, y ahora es una certeza. Están ahí y ya no hay ni tiempo ni motivos para deshacer lo dicho. Los tres se miran. En sus ojos contemplan que hay seguridad, o la ilusión de una seguridad que solo podrán cotejar cuanto todo haya salido bien.

—¿Estamos? —pregunta Sagarra.

—Estamos —responden al unísono.

Aún disponen de unos segundos para recordar cómo tan solo hacía tres días se habían reunido en una casa que los padres de Luis Javier Sagarra tienen en Garrapinillos. No es el líder, pero sí el que tiene las ideas más claras. Lucha por convicción, y cuando alguien está convencido de algo es imposible que pueda estar equivocado. Los demás lo conocen por su mote: «Fidel Guevara». Fidel por Castro. Guevara por el Che.

Mucho antes ya habían hablado a fondo sobre la hazaña que van a ejecutar. Entonces se reunían en el mesón la Venta de los Caballos, situado en la carretera de Madrid; otras